Los restos: Agamenón vuelve a casa
(Los esclavos III)

Raúl Hernández Garrido

Premio Rojas Zorrilla 1995

El vestíbulo de una casa de clase acomodada. Un par de sillas. Al fondo, entre las sillas, una habitación a oscuras, la puerta abierta. A un lado, un viejo mendigo. Al otro, una muchacha vestida con ropas caras, en las que la blancura de la tela se ve salpicada por manchas de sangre.

MUCHACHA.- Siento no poder ofrecerle nada. Anteayer despedimos a la criada y la nevera está vacía.

VAGABUNDO.- No se moleste. Creo que no he venido en buen momento.

MUCHACHA.- Por favor, no se marche. Ahora mismo no hay nadie más en la casa para atenderle. Me he quedado sola. Pero no me gustaría que se fuera con una mala impresión.

VAGABUNDO.- Puedo volver en mejor ocasión.

MUCHACHA:.- Queda algo de caldo en la cocina. Con el frío que hace afuera le vendrá bien tomar algo caliente. No me lo puede rechazar.

VAGABUNDO.- Aunque me vea así no crea que he venido pidiendo limosna. Y si dice que desde hace dos días no tienen criada...

MUCHACHA.- No conocerá usted a alguna que esté buscando casa. Estando acostumbrada a vivir con criada se pierde el contacto con los deberes de todos los días. Llevo dos días sin comer. No sabría poner una sartén al fuego. No sabría ni dónde encontrar una sartén.

VAGABUNDO.- No. No se me ocurre nadie adecuado para usted. La gente que frecuento no tiene nivel suficiente para servir en esta casa. Ya es muy tarde.

MUCHACHA.- No se puede ir así.

VAGABUNDO.- Le prometo que volveré otro día, a mejor hora.

MUCHACHA. -Venía preguntando por Joaquín Sierra.

(Silencio.)

¿Qué quiere de él?

VAGABUNDO.- Saludarle, nada más. Ver qué tal le va la vida. Esas cosas.

MUCHACHA.- Ahora no está aquí.

VAGABUNDO.- ¿Usted le conoció? Quiero decir, ¿cree que va a volver?

MUCHACHA.- ¿Volver? Él no vive aquí, estrictamente. ¿Qué sabe usted de Joaquín Sierra?

VAGABUNDO.- Creí que ésta era su casa.

MUCHACHA.- Sí que la es. ¿Cómo consiguió esta dirección?

VAGABUNDO.- Alguien me la dio. Un amigo común.

MUCHACHA.- Hace quince años que Joaquín Sierra no vive aquí.

VAGABUNDO.- Debieron de dármela mal. Otra vez me aseguraré antes. Le ruego que me disculpe si le he molestado.

MUCHACHA.- Pero éste es el único sitio donde podía buscarle. Quiero decir que ésta es su única dirección. Que sería imposible encontrarle en otro sitio.

VAGABUNDO.- Hace quince años no vive aquí. Usted me lo ha dicho.

MUCHACHA.- Así es.

VAGABUNDO.- ¿No me querrá decir con eso que está...?

MUCHACHA.- ¿Usted sabe algo de él? ¿Hace poco que le vio?

VAGABUNDO.- No.

MUCHACHA.- No está muerto. No puede ser. No siento que sea así.

VAGABUNDO.- Bueno, no le haré perder más tiempo.

MUCHACHA.- ¿No va tomarse un poco de caldo?

VAGABUNDO.- Se lo agradezco, pero no.

MUCHACHA.- A mí sí que me apetecería algo de caldo. Voy a preparar un poco, bien caliente. No me cuesta nada hacer para dos. Está hecho con despojos de gallina. Precocinado y congelado. Basta sacarlo de la nevera y calentarlo. De pequeña no podía soportar la visión de la carne, de la carne muerta de cualquier animal, y especialmente la de pollo. Cuando me hablaban del infierno, siempre lo veía como una inmensa pollería. Me daba miedo esa facilidad del cuchillo del carnicero despiezando el animal.

VAGABUNDO.- Pensando así no probará ni pizca de carne.

MUCHACHA.- No, ya no tengo esos problemas. La edad nos quita muchas tonterías de la cabeza.

VAGABUNDO.- Usted es demasiado joven como para hablar así.

MUCHACHA.- ¿Por qué me llama de usted?

VAGABUNDO.- Por educación... cortesía... no nos conocemos...

MUCHACHA.- ¿A qué se refiere con eso de que no nos conocemos?

VAGABUNDO.- No tememos trato. Quiero decir, usted y yo no...

MUCHACHA.- Que usted y yo, qué.

VAGABUNDO.- Que no tenemos esa cercanía... En otras circunstancias podríamos haberla tenido... que, aunque yo sea viejo, si me arreglara y me vistiera bien usted ya vería, aún conservo mi buena planta... Ni aunque se me pusiera al lado de jóvenes con treinta años menos... no llegarían a hacerme sombra...

MUCHACHA.- Le conozco. Le conozco bien. Usted debe ser de esas personas que ceden siempre el paso a las mujeres. Una de esas personas que chistan a las mujeres por la calle y luego escupen en la acera. De esos que acechan bajo las escaleras mecánicas. Una de esas personas que...

VAGABUNDO.- No se ponga nerviosa.

MUCHACHA.- ¿Nerviosa, dice? Quíteme las manos de encima.

VAGABUNDO.- Yo no quiero hacerle nada. En la vida se me hubiera ocurrido...

MUCHACHA.- No me diga.

VAGABUNDO.- Por favor. No me juzgue por las apariencias.

MUCHACHA.- No le echo de aquí, porque... Porque...
En fin, usted le conoció a él.
¿Quién es ese amigo? Ese amigo común de Joaquín Sierra y usted...

VAGABUNDO.- Usted no le conoce.

MUCHACHA.- Dígame quién es.

VAGABUNDO.- Está muerto. De nada le serviría que le dijera su nombre. Hace años que murió.

MUCHACHA.- Vaya.

VAGABUNDO.- Fue hace mucho tiempo. No era nada importante.

MUCHACHA.- Era su amigo. Y era amigo de Joaquín Sierra. ¿Por qué ha venido a esta casa? ¿Qué quiere de Joaquín Sierra?

VAGABUNDO.- No tiene mucho sentido hablar de él, si hace tanto que desapareció. Usted no le habrá conocido.

MUCHACHA.- A veces recuerdo cosas.

VAGABUNDO.- ¿Usted, le recuerda?

MUCHACHA.- Era muy pequeña. Tal vez sean mis primeros recuerdos. Recuerdo un hombre alto que me llevaba a pasear por el parque. Recuerdo que me subía a los columpios, que me compraba barquillos y algodón de azúcar. Que luego me limpiaba el azúcar de los labios con un pañuelo que sacaba de la pechera de su chaqueta y desplegaba con mucho cuidado.

VAGABUNDO.- ¿Tanta relación tenía con él?

MUCHACHA.- Fue hace mucho tiempo. Quizá todo esto no fue tal como lo recuerdo.

VAGABUNDO.- ¿Era algún amigo de la familia, algún pariente?

MUCHACHA.- Era mi padre.

VAGABUNDO.- ¿Su padre? ¿Seguro?

MUCHACHA.- ¿Por qué me pregunta eso? Me da la impresión de que calla más cosas de las que dice.

(Pausa.)

Perdóneme. Estoy un poco alterada. Los acontecimientos se han precipitado. Olvido que estoy ante un desconocido. Acabo diciendo cosas que no quisiera.

VAGABUNDO.- Perdóneme usted, si le he ofendido con mi pregunta.

MUCHACHA.- ¿Por qué duda de que él sea mi padre?

VAGABUNDO.- Había olvidado que tuviera una hija.

MUCHACHA.- ¿Cuándo le conoció usted?

VAGABUNDO.- Hace años...

MUCHACHA.- ¿Cuántos exactamente? Se tiene que acordar, año más, año menos.

VAGABUNDO.- Quizá unos veinte, calculo.

MUCHACHA.- Yo no había nacido aún. ¿De qué le conocía?

VAGABUNDO.- En aquel entonces trabajábamos en lo mismo. Alguna vez nos encontramos, él, yo y ese amigo que usted sabe. Hablábamos de cómo andaban los negocios, de los clientes, de las ventas que cada uno hacía...

MUCHACHA.- No me imagino a alguien como usted hablando con mi padre de igual a igual.

VAGABUNDO.- Antes yo era una persona honesta. La vida da muchas vueltas.

MUCHACHA.- ¿Le vio alguna vez luego? A mi padre.

VAGABUNDO.- No. Las cosas se torcieron. Perdí el negocio, me cambié de ciudad, lo perdí todo. Luego he vagado por tantos sitios. En fin, no le interesará mi vida. No le he vuelto a ver desde entonces. Ya casi hasta había olvidado que tuviera una hija.

MUCHACHA.- Usted ha debido de pasar por tantas cosas... ¿A qué se dedica ahora?

VAGABUNDO.- Ahora mismo, a nada.

MUCHACHA.- Ya.

(Silencio.)

¿Quiere un poco de caldo? He olvidado que usted es un invitado, y que tengo que tratarle como tal. Un invitado distinguido, un antiguo amigo de mi padre. Cuénteme cosas de él. Las cosas que recuerde. Cualquier cosa.

VAGABUNDO.- No podría contarle mucho. Era más bien amigo de ese amigo que le dije. Él le conocía mejor. Pasé por aquí y quise saludarle para recordar los viejos tiempos. Los que hemos vivido demasiados años siempre estamos recordando los viejos tiempos.

MUCHACHA.- Sé tan poco de él. Mi madre nunca me contaba nada. De pequeña encontré ciertas facturas de lo que debía ser su negocio y además, todo un tesoro, un gemelo, un solo gemelo de la pareja con la que ajustaría los puños de sus mejores camisas. Lo escondía todo de la vigilancia de mi madre. Ella se obstinaba en borrar cualquier resto de mi padre. Su ropa, en seguida se deshizo de ella. Estaba poseída por el odio y se obstinaba con meticulosidad en la destrucción de cada uno de sus recuerdos.

Un día, la primera excursión en que fui con el colegio, la primera y la última, porque ella no me dejaba ir sola a ningún sitio. Eso debió haberme hecho sospechar. Ese día aprovechó y registró todas mis cosas. Descerrajó mi diario secreto, miró en cada uno de los rincones de mi habitación. En cada uno de los cajones. Debajo de la cama. Debajo del colchón. Entre mi ropa. En cada una de las hojas de mis libros. Lo supe cuando volví y la vi recostada junto a la ventana. No quiso mirarme a la cara.

Fui a mi habitación y aunque estaba todo en orden, yo bien sabía que lo había encontrado, y que ya no estaría allí. Fue la primera vez que le planté cara. No tenía ningún derecho a hacer eso. Fui hacia mi madre y me puse frente a ella. La sacudí por los brazos para que me mirara. No me dio tiempo a decirle nada. Me reventó la cara con un bofetón y volvió a darse la vuelta.

Me eché sobre la cama pero no pude llorar. ¿Se da cuenta? Esos papeles viejos y ese gemelo inservible lo eran todo para mí. Al hacerlo desaparecer había matado lo poco que quedaba de mi padre, pero no pude llorar. Ni siquiera tenía fuerzas para odiarla todo lo que se merecía.

Nunca me perdonaré esa vileza, porque esas lágrimas que no pude llorar me parecían una infamia mayor que la de mi madre.

VAGABUNDO.- Se juzga con demasiada dureza. A veces las emociones son tan fuertes que nos es imposible dominarnos y hacer lo que creemos que es bueno.

MUCHACHA.- Siempre me dijo que mi padre había muerto, pero yo sabía que no era así.

VAGABUNDO.- ¿Cómo podía estar usted tan segura?

MUCHACHA.- Como lo estoy ahora. Si él muriera lo sentiría aquí, muy dentro. Sentiría como que algo se rompiera para siempre. Y entonces me sería insoportable pensar que él habría muerto sin que yo hubiera podido hacer nada.

No sé por qué le cuento a usted estas cosas. Lo único que estoy consiguiendo es aburrirle. Si es que no estoy horrorizándole.

VAGABUNDO.- Por favor, no piense eso de mí. Hace tiempo fui amigo de su padre. Ahora quisiera serlo también suyo. Si usted necesita hablar, hágalo. Me gustaría consolarla, darle consejo.

MUCHACHA.- Le miro y, pese a todo, llega a transmitirme confianza. Pero, si lo pienso, no llego a entender que un desconocido se interese tanto por mí y por lo mío.

RELATO DE AGAMENÓN

Qué diferente, la sensación de estar bajo techo. Y si cuando viví entre extraños siempre me encontré en familia, ahora que he vuelto soy en mi casa el mayor de los extraños, y los que debían ser mis seres más cercanos son para mí desconocidos.

¿Por qué llegué a irme? No podría encontrar, en mi defensa, ninguna razón convincente. Me fui.

Ese día al salir de casa oí la puerta cerrarse, y todo empezó ahí, por nada. Ese sonido, un sonido rutinario, insignificante, inaudible, aquel día, hace ya tantos años, me atacó. Me golpeó con un estruendo inesperado: era la puerta que se cerraba. Era la puerta que nunca volvería a abrirse para mí. Fue eso lo que me echó. ¿Por qué escaparía yo, felizmente casado, con una niña de pocos años a la que quería como a mis ojos, con un buen trabajo y ninguna preocupación más? No, piensan mal los que crean que mi mujer tuvo algo que ver en mi escapada. Fue ese ruido, ese pequeño ruido, que se levantó a mis espaldas como un gigante y me gritó. Me arrojó fuera, increpándome con una espada de fuego.

Lo oí. Como escuchar rugir a un ratón. Se duda en volverse hacia atrás. Se toma por un pequeño desvanecimiento, no pasa nada, sigue adelante. Pero esa vez oí de verdad el sonido de la puerta cerrándose. Fue horrible. No fue una huida. No abandoné a mi esposa. Esas cosas no tuvieron ningún peso en mi decisión. Sólo que yo estaba "fuera", que las llaves con las que jugueteaba nunca más podrían volver a encajar en la cerradura, acertar con la combinación, y otra vez abrir la puerta. Arrojé a la calle el llavero repleto de llaves inútiles, porque la de la casa había contagiado a la del garaje, y ésta a la del buzón, y la del buzón a la del coche.

Conté el dinero que me había quedado. Podía sentirme favorecido por la fortuna. Corrientemente apenas llevo unas pocas monedas (siempre llevaba cheques gasolina en la guantera para casos de necesidad), pero el día anterior había cobrado una cantidad importante y esa mañana pensaba pasarme a ingresarla, con lo que el dinero aguardaba íntegro en mi cartera. Me sabía expulsado de la ciudad, y que debía abandonar esas calles lo antes posible. Tomar el próximo tren que saliera, no importaba a dónde, lejos.

Fui hasta la estación y gasté todo en un billete sólo de ida, lo más lejos posible, al otro extremo del país. Quedaba hora y tres cuartos hasta la salida del tren. Volví a recorrer las calles por las que había vivido mi pasado, sabiendo que quizá no las vería nunca más. Dando vueltas alrededor de mi casa, de la que había sido mi casa, donde había fundado una familia, donde había tenido una esposa y concebido en ella a una hija, mi única hija. Tal vez buscaba, con esperanza, con temor, una conmutación a mi condena. Si por casualidad mi mujer se asomara a la ventana y me llamara por mi nombre, sorprendida por encontrarme allí, intentando adivinar la buena causa que me hubiera impedido ir a mi trabajo... Si mi mujer me llamara por mi nombre... A cada minuto que pasaba era menos mi mujer, el pasado se iba alejando a años luz, me iba volviendo extraño a mí mismo. Llegó un momento, ese momento insoportable, en que supe que ni yo mismo me hubiera reconocido ante un espejo. Si ella hubiera cruzado delante de mí, habría pasado de largo. No sabría que ese cuerpo había pertenecido a aquél con el que compartió cama tantas y tantas noches. Me pregunto si mi hija hubiera logrado reconocer a su padre.

VAGABUNDO.- Creo que le da a su padre una importancia que él tal vez no llegó a merecerse..

MUCHACHA.- Habla igual que mi madre.

VAGABUNDO.- ¿Por qué cree que a ella sólo le interesaba hacerle daño?

MUCHACHA.- Ella intentaba que yo llegara a olvidar que alguna vez tuve padre, que realmente aún lo tenía y podía llegarle a conocer. No sé cómo se podría ser más cruel con una hija.

VAGABUNDO.- No debe pensar esas cosas de su madre. Tal vez ella creyó que eso era lo mejor para usted. Ella se quedó sola, con una niña que criar.

MUCHACHA.- Usted qué sabrá.

VAGABUNDO.- La vida no es fácil para una mujer sin un hombre. Madre y padre al mismo tiempo. Demasiadas decisiones. Algunas veces, se equivocaría. Algunas veces, incluso, sería cruel. Pero seguro que siempre pensó en lo mejor para usted.

MUCHACHA.- ¿Usted cree?

VAGABUNDO.- Debió ser así.

MUCHACHA.- ¿Usted cree?

VAGABUNDO.- Supongo que debió ser así.

MUCHACHA.- No. No fue así. Yo era uno más de los recuerdos de mi padre, de sus restos. El más hiriente para ella. Un recuerdo vivo.

VAGABUNDO.- Pero no trató de deshacerse nunca de ti.

MUCHACHA.- ¿Ya me llama de tú?

VAGABUNDO.- Perdone.

MUCHACHA.- No. Así está bien. No trató de deshacerme de mí, no. Todo lo contrario. Siempre me ató a sus faldas. Nunca tuve amigos, ni siquiera una sola amiga. Siempre estaba allí, a la puerta del colegio, esperándome a la salida de clase.

VAGABUNDO.- Eso no puede echarse en cara a una madre.

MUCHACHA.- Pero pasaron los años y ella seguía allí. Comencé a ser blanco de las burlas de mis compañeros de clase.

Acabé la primaria. Llegó el momento de ir al instituto. Pensaba que las cosas iban a cambiar. No puede figurarse con qué alegría asistí a mi primer día de instituto. A la hora de la salida, caminaba despreocupada. Me creía dueña de mí misma, por fin. Me sentía libre, entre mis nuevos compañeros, y era como si la vida por fin comenzara para mí y saliera a recibirme con una sonrisa. Entonces, a mis espaldas, oigo su voz, llamándome. Deseé que el suelo se abriera bajo mis pies y me tragara. No quería responderle, pero ella insistió, y todos estaban mirando. Allí estaba ella, y en su actitud hipócrita vi cómo disfrutaba haciéndome sufrir.

Por mucho que le rogué de nada valió. Me veía esclavizada a su sombra, para siempre. Caí enferma y perdí un año de curso. No sirvió para nada.

VAGABUNDO.- Comprendo tus razones, pero quizá ella tuviera motivos para actuar así.

MUCHACHA.- Su odio era su principal motivo. Su odio contra mi padre, que descargaba con toda fuerza sobre mí.

(Pausa.)

Cuando llegó el momento de ir a la Universidad me negué. Contra su voluntad, no quise hacer ninguna carrera. No soportaba la idea de encontrármela otro día más, esperándome, con un bocadillo en las manos que me haría tragar delante de mis compañeros. Me negué a esa forma de tortura. Pero entonces vino lo peor.

Encerrarme bajo un mismo techo, veinticuatro horas al día, con ella. Con ese monstruo que el tiempo había perfeccionado.

VAGABUNDO.- Pero siguió a su lado. Podía haber buscado algo que la ocupara fuera de casa.

MUCHACHA.- ¿Qué iba a cambiar? Sólo que la tortura alcanzara dimensiones obscenas, expuesta a la vista de todos.

VAGABUNDO.- ¿Y cuando tuvo edad, no hizo por marcharse?

MUCHACHA.- ¿Cree que no lo intenté? Durante meses fui dando vueltas a la idea. Hice y deshice las maletas tantas veces que se gastaron las cerraduras.

EL LAMENTO DE ELECTRA

Mi sexo fue el arma que el tiempo me concedió para luchar contra mi madre. Fui cobrando conciencia del poder que me daba: aquello me separaría para siempre de sus garras. Mi cuerpo fue dejando de ser el de una niña asustada. Los pechos se fueron abultando hasta convertirse en mi coraza. Entre mis piernas, mi sexo se abrió en mis entrañas marcándome de una forma característica, indeleble, tan dentro de la carne. Desplegaba mi cuerpo ante el espejo de mi armario y día a día comprobaba cómo crecía. Mi madre no tardó en darse cuenta de la amenaza. Intentó sofocarme, pero ya fue demasiado tarde. Intentó atarme a un cuerpo de niña, pero ya fue demasiado tarde. Entonces me impuso una infancia artificial. Me fajaba el pecho ahogando mis senos, apretando hasta cortarme la respiración. Me trataba con un falso cariño, impostando la voz, utilizando una sarta de remilgos que hubieran avergonzado a una cría de seis años. Al salir de casa siempre me cogía de la mano, se persignaba si yo intentaba cruzar la calle sola.

No me previno contra el horror que mes a mes sería mi compañero, el más fiel compañero de una mujer. Me convenció de que aquello pasaría, me hizo creer que aquello se trataba de alguna enfermedad que quizá pasara con los años, me metió un miedo que todos los meses se renovaba. Se me agrandaban los ojos viendo aquello resbalar por mis piernas, ensuciando la loza de la taza del water, girando en el agua hasta perderse por el sumidero al tirar de la cadena. Era un terror bíblico, y ella me lo había metido muy dentro de mi cuerpo.

Expulsó de la casa todos los espejos para arrebatarme mi imagen. Ella misma pretendió ser mi espejo, que yo me convirtiera en su doble. Modelarme creándose un segundo yo en mí, para que su venganza fuera más perfecta. Contaminarme de su apariencia y replicar en mí su odio, metérmelo bien dentro, que no me abandonara nunca, por muchos kilómetros que nos separaran, por mucho tiempo que pasara. Su vestuario se duplicó en el mío: el mismo estilo de vestidos oscuros, cortados con tiralíneas, con la falda a la altura de las rodillas, ni muy largas ni muy cortas. Los pantalones fueron expulsados junto con las camisetas de manga corta, sustituidas por el mismo modelo de blusa cruzada que ella había usado durante los quince años que había vivido, que yo había vivido con ella. Hasta a la ropa interior llegó en su escrúpulo. Nos convertimos en hermanas, en gemelas. A la gente les costaba distinguir una de otra. Tuve que empezar a responder cuando me llamaban por su nombre. A mis quince años se me echaron encima sus cuarenta años. Mi cara se fue cubriendo con arrugas que eran las suyas, en mi pelo aparecieron canas que eran las suyas, mientras que ella se fue contagiando de mi juventud de quince años. Cuando el día acababa me encerraba en mi habitación y me libraba de sus vestidos. Otra vez con mi edad seduciéndome con mi sexo recuperaba mi nombre.

VAGABUNDO.- Cada vez hay menos luz. Apenas puedo verle la cara.

MUCHACHA.- Yo en cambio le distingo bien. Veo los rasgos de su cara. Se le ve cansado.

VAGABUNDO.- No, estoy bien.

MUCHACHA.- Afuera el cielo se habrá cubierto. El tiempo en esta época es bastante inestable. Dentro de poco volverá a salir el sol.

VAGABUNDO.- Ya es muy tarde. El sol no volverá a salir. Pronto será de noche.

MUCHACHA.- Qué hora más especial. Los atardeceres son para quedarse quietos, escuchando cómo el silencio se va metiendo en las cosas, cómo todo se va deteniendo.

Verse las manos a la luz cada vez más tenue. Acariciarse las mejillas, irlas relajando, preparándolas para la noche.

VAGABUNDO.- La noche tiene más caras. Es una mujer cruel. No hay nada peor que confiarse a ella. Cuando todo está asegurado, qué bien. Cuando hay una casa que le cobija a uno. Pero, para la gente como yo...

Aunque llueva, aunque haga viento, por el día uno se defiende. Siempre hay un portal, una casa abandonada, siempre hay un refugio. En verano puede parecer hasta agradable dormir bajo un techo de estrellas. Pero en invierno... Más de uno no se ha vuelto a levantar tras una noche de hielo. Hay que saber tener cuidado.

Tanto en invierno como en verano la calle se ha vuelto peligrosa. Por las buenas, te puedes ver rodeado de chavales que se entretienen pateándote el estómago mientras duermes. Al anochecer la calle se vuelve jungla. Uno en la noche se ve expuesto a las locuras de cualquier desaprensivo que pase a tu lado.

MUCHACHA.- Aquí tengo sitio de sobra para los dos. Esta noche podría quedarse.

VAGABUNDO.- Hace tantos años que no duermo en una cama que sería incapaz de conciliar el sueño sobre un colchón.

MUCHACHA.- Le haría sitio en el suelo. Hoy no soportaría quedarme sola en casa.

VAGABUNDO.- Puede irse a acostar, y cuando se durmiera, yo saldría sin molestarla. Si es que así se ve más segura.

MUCHACHA.- No quiero perderle. Quiero que se quede aquí para siempre.

VAGABUNDO.- Eso es imposible. Cada uno tiene su vida. Usted tiene a su madre...

MUCHACHA.- Nunca más tendré una madre.

VAGABUNDO.- Tendría que buscarse gente de su edad.

MUCHACHA.- No quiero volver a salir de casa.

VAGABUNDO.- Acabará ahogándose. No puede convertir esto en una cárcel en donde se encierre para siempre.

MUCHACHA.- ¿Qué me puede ofrecer si no? ¿Algún callejón húmedo, algún portal vacío?

VAGABUNDO.- Huya de aquí. Donde sea. Yo también huí una vez.

MUCHACHA.- ¿Por qué?

VAGABUNDO.- No podía soportarlo más. Si me hubiera quedado allí, hubiera muerto.

MUCHACHA.- ¿Qué le amenazaba?

VAGABUNDO.- Nada. El tiempo. El tiempo que pasaba sin que yo me diera cuenta. Todos los días eran iguales, cada vez me acercaba más a la muerte.

MUCHACHA.- ¿Abandonó a su familia?

VAGABUNDO.- Sí.

MUCHACHA.- ¿A su esposa? ¿Le engañaba, tal vez?

VAGABUNDO.- No.

MUCHACHA.- ¿Tenía usted alguna otra mujer?

VAGABUNDO.- Las hubo, pero en ese momento sólo la tenía a ella.

MUCHACHA.- ¿La quería?

VAGABUNDO.- Sí.

MUCHACHA.- Entonces, si es que no me miente, no veo motivo para que usted se escapara. ¿No tenía hijos?

VAGABUNDO.- Sí, una niña.

MUCHACHA.- ¿Qué edad tenía?

VAGABUNDO.- No me acuerdo. Era muy pequeña. Hace tanto ya.

MUCHACHA.- ¿La abandonó también a ella?

VAGABUNDO.- No tuve más remedio.

MUCHACHA.- ¿No pensó en el daño que es para una niña dejarla sola?

VAGABUNDO.- Quedó con su madre.

MUCHACHA.- Eso no quiere decir nada.

VAGABUNDO.- Bien hubiera querido yo llevármela conmigo.

MUCHACHA.- ¿Por qué no lo hizo?

VAGABUNDO.- A veces la vida te marca un camino que no puedes dejar de seguir. No importa lo que uno quiera o no quiera.

MUCHACHA.- Disculpas, disculpas. Si uno quiere bien puede. Nada ata a nadie a un destino fijado.

VAGABUNDO.- No, a veces no hay más remedio. Quizá no lo comprenda del todo. Es muy joven. Pero hay momentos en que uno no puede hacer nada.

MUCHACHA .- No me contradiga. Seré muy joven, pero sé muy bien lo que digo. Y la verdad, por mucho que usted se justifique, es que abandonó a su hija.

VAGABUNDO.- No fue así.

MUCHACHA.- ¿Se la llevó consigo, entonces?

VAGABUNDO.- No pude.

MUCHACHA.- Entonces, la abandonó. ¿Es así o no?

VAGABUNDO.- Sí, la abandoné. La abandoné.

MUCHACHA.- No creo que llegara a quererla tanto como dice.

VAGABUNDO.- ¡Más que a mi vida!

MUCHACHA.- ¿Por qué, entonces?

VAGABUNDO.- Ya se lo he explicado. Tuve que salir de esa casa. Me era imposible volver a ella.

MUCHACHA.- A pesar de que tuvo que sacrificar a la niña para salirse con la suya.

VAGABUNDO.- No hubiera podido llevármela conmigo.

MUCHACHA.- ¿Seguro?

VAGABUNDO.- No sabía a ciencia cierta qué iba a ser de mí. No podía hacer que mi hija corriera la misma suerte que a mí me maldecía.

MUCHACHA.- Y la dejó.

VAGABUNDO.- ¡Con su madre!

MUCHACHA.- Parece que estaba bien segura de su mujer para dejarle a la niña.

VAGABUNDO.- ¿Cómo no iba a estar seguro de la persona que le dio la vida, de su propia madre?

MUCHACHA.- Usted no pudo aguantar ni un día más a su lado.

VAGABUNDO.- No fue por ella. Mi mujer no tuvo culpa en mi partida. ¿Qué razón tiene para atacarme así?

MUCHACHA.- Porque yo sufrí ese mismo daño.

VAGABUNDO.- ¿Usted?

MUCHACHA.- No hay cosa peor para una niña. Una madre puede destrozarle la vida a un hijo sin apenas darse cuenta de todo el mal que le está haciendo.

VAGABUNDO.- No puede ser verdad que sienta esas cosas que dice.

MUCHACHA.- Tengo la mano de mi madre impresa a fuego en mis entrañas.

VAGABUNDO.- Y eso te llevó a hacerlo.

MUCHACHA.- Fue necesario.

VAGABUNDO.- ¿No pensaste que si hubieras hablado con ella todo hubiera sido diferente?

MUCHACHA.- Ella nunca me escuchó. Si hubiera tenido por lo menos un hermano en quien confiar, un hermano que me hubiera librado de tantas cargas.

VAGABUNDO.- ¿Entonces hubiera sido mejor?

MUCHACHA.- Entonces. Quizá no hubiera sido mejor. Pero tal vez hubiera sido más fácil.

AGAMENÓN RECUERDA

Nunca la vi tan hermosa. Resplandecía más que el traje blanco con el que se iba a casar. En el mayor de los secretos, estuvo buscándolo durante meses, volviendo locos a los dependientes de todas las tiendas de la ciudad. Arrugaba todas las revistas de moda, todos los catálogos, buscando el vestido que sólo iba a lucir por unas horas. La vi concentrarse en la preparación de aquel día con el celo de un faraón preparando su última residencia. La lista de invitados, los regalos que daría a la mujer de cada familia, los pormenores de la ceremonia, el banquete. Yo la acompañé muchas veces, pero era menos que un testigo mudo. Siempre callaba a no ser que ella me pidiera confirmación sobre algo que ya había decidido. Yo nunca la contradecía. Me impresionaba ver la seriedad con que lo planificaba todo. Con absoluta meticulosidad, sin escapársele ni un detalle. Tenía una idea fija y todo lo que hacía iba dirigido a realizarla. Nada la apartaría ni un milímetro de ella. Por eso de poca ayuda podía resultarle.Alguna vez me echó en cara mi pasividad, pero yo sabía que lo mejor era no hacer nada. Ella también lo sabía, pero cierto remordimiento a no dejarme intervenir en nada le obligaba a crear situaciones tensas que muchas veces acababan en discusión. Fue ella quien eligió el traje que yo debía llevar, decidió cuál era la corbata que mejor me sentaría, la camisa con la que tendría que vestir.

Llegué a temer no estar a la altura de las circunstancias en ese día. Acabé teniendo pesadillas. Deseé que ya hubiera pasado. Cuando me fui a poner la corbata, fui incapaz de ajustar el nudo y que quedara centrado. Tardé casi una hora en conseguirlo. Volví a cepillarme los zapatos, no tuvieran manchas de barro. Imposible. Eran nuevos y los acababa de sacar de la caja.

Cuando abrí la puerta del coche y la ayudé a salir me deslumbró, y me sentí dichoso y a la vez sobrepasado por eso que se me entregaba en ese día. Era indigno, como un labrador acogiendo en su casa a hija de reyes. Un mortal emparejado con una diosa. Me sentía abrumado. Ella me miró muy seria, y me dijo que me irguiera.

Entré con ella en la iglesia.

INVOCACIÓN DE ELECTRA A UN ORESTES INEXISTENTE

Con un hermano hubiera tenido una persona en la que volcar todo mi cariño. Con un hermano hubiera tenido la imagen del padre perdido. Con un hermano hubiera tenido un maestro y un discípulo. Una mano vengadora en la que tener esperanza. Pero la Fortuna hasta un hermano me escamoteó. Quiso encarnar en mí de forma viviente y perfecta lo más desgraciado.

Yo me hubiera encargado de cuidarle. Hubiera sido para él una buena madre. Le habría enseñado, le habría preparado para su terrible misión. Podría haber repartido con él todo el peso del odio de mi madre, y tal vez ahora no estaría ahogada por su sombra. Me ayudaría a soportar hoy el peso de la culpa. Fue el mayor abandono que le echo en cara a mi padre, haberme dejado sola, sin tener un hermano que hubiera suplido con su fuerza toda la energía que he necesitado para cumplir la misión que él me ha confiado.

Nunca me llegará mensajero avisándome que un mechón del pelo de mi hermano honra la sepultura de mi padre. Un mechón cortado de su mano, un mechón como homenaje fúnebre del que vuelve guiado por una decisión inaplazable. Nunca vendrá él como enviado de los dioses, avisándome que el día de la venganza está próximo. Nunca empuñará él el cuchillo que limpie esta casa de las ofensas de mi madre.

¿Por qué tengo que estar tan sola?
¿Por qué, padre?
¿Por qué?

MUCHACHA.- ¿Seguro que no quiere comer nada?

VAGABUNDO.- No.

MUCHACHA.- Se le ve pensativo.

VAGABUNDO.- Me estaba acordando...

MUCHACHA.- ¿De qué?

VAGABUNDO.- De nada. El pasado.

MUCHACHA.- Debió de ser atractivo de joven.

VAGABUNDO.- Por favor.

MUCHACHA.- Sí. ¿Por qué no? Aún se le ve interesante.

VAGABUNDO .- No tiene sentido hablar de esas cosas.

MUCHACHA.- ¿Y por qué no?

VAGABUNDO.- Sólo soy un viejo.

MUCHACHA.- ¡Un viejo! No tanto. Mi padre tendrá la misma edad que usted.

VAGABUNDO.- Ya para poco sirvo.

MUCHACHA.- Si se arreglara. Si se cuidara. Perdone. Si pudiera hacerlo, claro. Supongo que en la calle no es nada fácil. ¿Por qué no trabaja? Seguro que si buscara un trabajo, por pequeño que fuera, tendría una vida más desahogada. Podría ocuparse más de sí mismo.

VAGABUNDO.- ¿Ahora es usted quien quiere resolverme la vida? Ya es demasiado tarde para eso. Y para tantas cosas.

MUCHACHA.- No.

VAGABUNDO.- ¿Cómo puede querer llevarme la contraria? Pretende saberlo todo.

MUCHACHA.- Perdóneme. Perdón si se siente ofendido. Sólo quiero decirle que usted podría llevar una vida mejor con poco más. Si yo pudiera ayudarle...

VAGABUNDO.- No me toque. No se acerque a mí. Usted, ayudarme. A mí. Usted.

MUCHACHA.- No sea desagradable. Y le he dicho que no me llamara de usted.

VAGABUNDO.- ¿Se va a enfadar si no? ¿Es eso lo que más le preocupa?

MUCHACHA.- ¿Por qué me trata así? Usted no sabe todo lo que podría llegar a significar para mí. Creí que iba a encontrar en usted apoyo, eso que tanto me ha faltado, y ahora me está haciendo llorar.

VAGABUNDO.- Me va a romper el corazón.

MUCHACHA.- Se lo ruego. No me hable así.

VAGABUNDO.- ¿Pero es que no se da cuenta? ¿O es que veo lo que no es?

MUCHACHA.- No grite, por favor. Habla como hablaría un loco.

VAGABUNDO.- Sí, debo estar loco, y ojalá todo esto sea una pesadilla. Ojalá lo fuera. Esto no es normal. Usted no es normal.

MUCHACHA.- Yo. Normal. ¿Me ve quizá como un monstruo?

VAGABUNDO.- Quisiera pensar que no se da cuenta de lo que pasa, que es incapaz de razonar. Que lo que le ha ocurrido se lo impide.

MUCHACHA.- Bien sé lo que he hecho. Aún puedo pensar.

VAGABUNDO.- ¿Se da cuenta de lo que ha hecho? ¿Y cómo puede estar tan tranquila?

MUCHACHA.- Ahora no quiero hablar de eso. No quiero hablar de nada. Me encuentro tan cansada, tan confusa.

VAGABUNDO.- ¿Es su madre la que se encuentra ahí? ¿Es ella?

MUCHACHA.- ¿Mi madre? No debe saber nada de nada. Por favor, no se lo cuente usted. Tengo miedo de lo que pueda hacer si se entera.

(La MUCHACHA **está histérica. El** VAGABUNDO **le abofetea la cara.)**

MUCHACHA.- ¿Es usted un enviado de ella?

VAGABUNDO.- Escúcheme. Yo sólo quiero ayudarla. Pero usted debe de darse cuenta de lo que pasa. De lo que ha hecho.

LA VERGÜENZA DE ELECTRA

Y al final se entregó a otro hombre. Abandonó los vestidos oscuros y los sustituyó por otros que en una mujer madura hubieran desentonado. Pero tenía toda mi juventud para lucirlos. Toda la belleza de mis quince años, toda su lozanía era la que me había robado a mí.

La casa comenzó a llenarse de hombres, cada vez más jóvenes. Vivía feliz una segunda juventud, y se aferraba a ella sin ningún pudor. La irritaba verme, que yo le recordara lo que era. Cuando alguno la visitaba, tenía que encerrarme en mi habitación, y ay de mí si se me ocurría salir y sorprenderles. Era ruidosa con sus amantes. Le gustaba infectar la casa de esos ruidos, mancillaba el lecho donde estuvo unida a mi padre. A la mañana siguiente la encontraba desnuda en la cocina, desayunando, mostrando sin vergüenza su cuerpo, todas las ventanas abiertas, disfrutando al sol, exhibiendo como un triunfo su cuerpo tras haber hecho el amor toda la noche. Y un hombre tras otro, golpeándome con la única arma que me quedaba. Sentía que me marchitaba sin haber llegado nunca a florecer. Que a cada gemido suyo me cerraba más puertas. Algo peor que la muerte me iba cercando. Me convertía en un cadáver en vida, entierro prematuro. Aquello me consumía por dentro y las fuerzas se me iban agotando. Mi madre cantaba, y a mí ya no me quedaba energía para oponerme a ella, ni aún para echarle en cara su desfachatez, su absoluta pérdida del sentido de la decencia, que me afectaba más a mí que a ella. Llegó a hacer que me sintiera sucia. Su descomposición crecía dentro de mí, como si por un pacto diabólico yo fuera depositaria de sus males mientras que ella podía seguir con sus infamias con las manos y la conciencia limpias. Sin preocuparse de consecuencias nefastas, sin sufrir ningún daño, ni siquiera el más pequeño remordimiento.

Advertí esa corrupción que se adueñaba de mi cuerpo cuando ya era demasiado tarde. Salía de entre mis piernas y su hedor me llenaba ahogándome. Era su hedor, el pago de sus culpas, que ella me trasplantaba.

Lo peor fue cuando el flujo de hombres dejó paso a un solo hombre. Mi madre, purificada por sus vicios, tenía ya el aspecto de la más inocente de las vírgenes, mientras que si alguien se cruzara conmigo por la calle cambiaría de acera. Como interesaba a sus propósitos ventilarme, me sacó de mi encierro y se dedicó a ponerme presentable. Me echaba en cara mi descuido. Atribuía mi aspecto lamentable a falta de higiene. ¡A tanto podía llegar su desvergüenza!

EL PECADO DE AGAMENÓN

Sí, sí que hubo otra mujer. Laura, morena, alta, con rasgos rectos, duros, como cortados a cuchillo. Trabajaba en mi mismo departamento. Allí nos veíamos todos los días, de nueve a seis. A media mañana, un café aguado de máquina. Al mediodía comíamos juntos, con los otros compañeros, en la hora que teníamos libre, en una pequeña casa de comidas frente a la empresa. Alguna vez la llevaba a su casa en coche. Pocas, raras veces. No hubo nada entre nosotros hasta pasado mucho tiempo. Hasta entonces éramos dos compañeros más. No nos habíamos planteado nada. Aparte de algún pequeño roce, una mano que toca otra, alguna conversación perdida, no había cruzado nunca por mi mente que pudiéramos llegar a algo. Aquel día me sentía bastante deprimido. Había tenido en casa un pequeño disgusto, un encuentro bastante agrio con mi mujer. Atravesaba una temporada dificil en el trabajo, las cosas no me iban muy bien, y aquella discusión me sumió en un pozo. En el trabajo estaba bastante reservado, hasta ser desagradable. Ojeé unos informes a cargo de Laura. Estaban incompletos, y eso me irritó. La llamé y se lo eché en cara, de muy mala manera. Ella no me llegó a responder. La verdad, no había manera civilizada de contestar a mis gritos. Me miró con asco, quizá con pena, y me dio la espalda. Estuve toda la tarde comido por el remordimiento, la mirada clavada en su silencio. La gente empezó a irse a su casa y yo seguía sin saber muy bien cómo iba a resolver aquello, pensando en seguirla cuando se fuera y así disculparme. Al final nos quedamos los dos solos en la oficina. Me armé de valor y me dirigí hacia ella. Seguía dándome la espalda, aparentemente ocupada en su trabajo. Cuando estaba a su altura, apunto de hablar con ella, se volvió y me miró. Vi sus ojos, enrojecidos por el tabaco o por las lágrimas. No hubo palabras entre nosotros. Le acaricié el cuello, y eso se convirtió en un abrazo. Así me disculpé, en silencio, porque mis labios parecían incapaces de formular una explicación.

Busqué los suyos, y eso se convirtió en un beso desesperado. Allí mismo, sin ningún recato, me abrí paso entre su ropa mientras ella me desnudaba. Encontré en su cuerpo el desahogo que tanto necesitaba. Fue un diálogo entre su piel y la mía. Tantas cosas me dijo de esa manera. Fue la primera vez, y la última, que gocé una experiencia así. La sentí dentro de mí, como ella me sentía dentro de su cuerpo.

Decidimos que aquello no podía continuar, que no llegaríamos nunca a poder repetirlo, y siempre estaríamos buscando, inútilmente, lo que se había desencadenado entre los dos. Pero desde entonces se estableció entre los dos, siempre, una corriente de comprensión que sólo se da entre personas muy unidas.

Laura tenía doce años menos que yo. Once menos que mi esposa. En comparación, apenas era una niña.

En casa, ocurrió lo inevitable. Las mujeres tienen un sexto sentido para darse cuenta de esas cosas, pese a que yo intenté que no se trasluciera de ninguna manera lo que había sido mi primera infidelidad. Pero ella me sometió a un acoso que estuvo a punto de quebrar mi paciencia. Insinuaciones, amenazas, insultos, convirtieron mi matrimonio en un infierno. Ni siquiera la presencia de mi hija nos abría una puerta a la esperanza.

MUCHACHA.- Sus ojos me están mirando.

VAGABUNDO.- No es posible. Los tenía cerrados.

MUCHACHA.- ¿Por qué me miran sus ojos? ¿No tienen otra cosa que mirar?

VAGABUNDO.- Lo siento.

MUCHACHA.- Si realmente lo siente no mire. No soporto los ojos de otro sobre mí. Siento que me falta el aire al contacto de una mirada que no sé qué es lo que quiere de mí. Me dan arcadas, me quema. No vuelva a mirarme.

VAGABUNDO.- No la he mirado. No tuve esa intención.

MUCHACHA.- Lo ha hecho.

VAGABUNDO.- Habrá sido sin darme cuenta.

MUCHACHA.- Sin darse cuenta qué de daño se hace. Arránquese los ojos si no sabe dominarlos.

VAGABUNDO.- No se tome las cosas así. No quise molestarla.

MUCHACHA.- ¿Por qué está aquí, entonces? No tiene sentido que esté aquí, si no es para molestarme.

VAGABUNDO.- Está nerviosa. Será mejor que se calme.

MUCHACHA.- ¿Intenta que no me escape? ¿Va a venderme? Quizá le premien con una buena recompensa cuando me entregue en sus manos.

VAGABUNDO.- ¿En las manos de quién? Está delirando. No se me ocurriría hacerle el mínimo daño.

MUCHACHA.- ¿Por qué no?

VAGABUNDO.- Nada ganaría con ello.

MUCHACHA.- Todos los que he conocido parecen disfrutar haciéndome daño.

VAGABUNDO.- Eso es una insensatez.

MUCHACHA.- Mi padre no tuvo escrúpulos en abandonarme, a mi madre siempre le resulté una carga desagradable...

VAGABUNDO.- No piense así. Intente ver las cosas de otra manera.

MUCHACHA.- ¿Cree que me equivoco?

VAGABUNDO.- Sí.

MUCHACHA.- ¿Por qué está tan seguro?

VAGABUNDO.- Sé que es así.

MUCHACHA.- ¿Quién es usted?

VAGABUNDO.- Nadie.

(Pausa.)

MUCHACHA.- ¿Qué fue de su matrimonio? ¿Ella le quería?

VAGABUNDO.- Sí.

MUCHACHA.- ¿Está usted seguro? ¿Por qué la abandonó?

VAGABUNDO.- Tuve que hacerlo.

MUCHACHA.- Habría alguna razón.

VAGABUNDO.- No podría explicárselo.

MUCHACHA.- Le fue infiel.

VAGABUNDO.- No.

MUCHACHA.- Ella le engañó. Se le ve en la cara. Es el mal de las mujeres. Es tan fácil caer.

VAGABUNDO.- ¿Por qué me habla así? ¿Por qué cree que tengo que explicarle esas cosas?

MUCHACHA.- Suponía que hablar de ello podría ayudarle.

VAGABUNDO.- ¿Tú nunca has estado enamorada?

MUCHACHA.- No.

VAGABUNDO.- ¿Nunca ha habido un hombre en tu vida?

MUCHACHA.- No me gusta que me haga esas preguntas.

VAGABUNDO.- Tú me las has hecho a mí.

MUCHACHA.- Yo estoy en mi casa. Aún no sé por qué ha aparecido usted en ella. Precisamente ahora.

VAGABUNDO.- Quiero ayudarte.

MUCHACHA.- Aún quiere ayudarme. ¿Qué es lo que le lleva a ello?

VAGABUNDO.- Hubo un tiempo en que yo fui...

MUCHACHA.- ¿Amigo de mi padre? ¿Vuelve con esa cantinela? ¿Cómo podría yo saber si es cierto o no? Sólo veo un viejo sucio, un mendigo, un vagabundo. ¿Qué quiere, dinero?

VAGABUNDO.- He venido por usted.

MUCHACHA.- ¿Qué es lo que quiere de mí? ¿Quiere esto? ¿Le gustaría hundir su boca maloliente en mis pechos? ¿Lo quiere? ¿Manosear mi piel blanca con sus manos sucias de grasa?

VAGABUNDO.- Cúbrete.

MUCHACHA.- ¿Le parece demasiado poco? ¿Qué más quiere?

VAGABUNDO.- Vístete.

MUCHACHA.- ¿En la calle puede encontrar cosas mejores? Tal vez no le resulte mi cuerpo lo suficientemente excitante. Preferirá algo con más sustancia, más carne. Algo donde agarrar mejor. Donde clavar bien los dedos, las uñas. Llenarse bien las manos.

VAGABUNDO.- No quiero ver nada.

MUCHACHA.- Vamos, aproveche. No creo que haya tenido la oportunidad de poseer un cuerpo tan joven como el mío desde hace muchos años. Ensúcieme. Insúlteme. Pégueme.

VAGABUNDO.- No sabes con quién hablas.

MUCHACHA.- No me importa lo viejo que pueda ser. Que pudiera ser mi padre. Me da igual lo que sea realmente. Lo que haya hecho, lo que represente.

VAGABUNDO.- Tápate de una vez. Cubre tus vergüenzas. Deja de insultarme así.

MUCHACHA.- ¿Me va a decir que no lo desea? ¿Que no lo está deseando? ¿Tener un cuerpo joven? ¿Hacer con él lo que quiera?

VAGABUNDO.- Por Dios.

MUCHACHA.- Estúpido.

LA CÓLERA DE ELECTRA

Ese hombre me llamaba hija. Y sus ojos hurgaban entre mis piernas. Me hablaba con su voz empalagosa, me toqueteaba pretextando un cariño de padre, pero sus dedos se deslizaban hasta mis pechos, mi vientre, mi culo, mi sexo. Ella no parecía darse cuenta. Se pintaba el rostro y reía. Se ponía esas ropas que poco escondían a la vista y reía. Y delante de ella, ante sus mismas narices, él me sobaba. Me llamaba hija y su lengua se deslizaba por mi cuello mientras mi madre reía. Yo no le alentaba, pero tampoco se lo impedía.

Gozaba ya mi venganza, saber que iba, por fin, a golpear a mi madre donde más le iba a doler. Aquel hombre comenzó a ir a casa por mí, no por ella. Logré que la presencia de la vieja fuera un estorbo para él. Y yo sí que tenía juventud para ofrecer a su lujuria, y sabía cómo excitarle. Advertía el bulto en su pantalón, mientras mi madre se esforzaba en complacerle. Pero él sólo tenía ojos para mí, me devoraba con sus ojos enrojecidos.

Yo excitaba su deseo mientras alimentaba mi venganza, la venganza contra ese hombre que mi madre introducía en la cama de mi padre, la venganza contra esa ramera que había perdido la dignidad de una mujer hasta convertirse en una perra en celo.

LA VERGÜENZA DE AGAMENÓN

La casa estaba silenciosa. Entré a ella, sin hacer ruido. Había un tufo en el aire que no supe identificar. Un olor dulzón a podrido. El vómito me subió por la garganta. En el suelo estaban sus ropas, dispersas, su camisa, su falda, sus bragas, sucias, mojadas. El rastro de tela se dirigía a la habitación. La puerta estaba entornada. Adentro, muy dentro de sus gargantas, gemían. Ella estaba encima de él, y me miraba sin dejar de moverse con el miembro del hombre penetrando su cuerpo. Sus dedos estaban alrededor de su cuello, apretaban como si quisieran exprimirle aún más. En su furia no me veía, pese a que sus ojos se clavaban en los míos. Me retiré andando de espaldas, sin hacer ruido. En su cuarto, nuestra hija dormía. No quise despertarla. Cerré la puerta, que su madre insensiblemente había dejado abierta. Salí de la casa y estuve paseando por las calles de la ciudad, espiando mi cara en los escaparates. Una cara desencajada, alterada. Una cara en que los ojos, engrandecidos, luchaban por salir de las cuencas. La cara de un loco.

VENGANZA

Dejaría que se confiaran. Que pensaran que yo no sabía nada. Que no me daba cuenta de nada. Les atraería con engaños. Les seduciría dejando que se imaginasen falsas esperanzas. Permitiría que se confiaran en su vicio. No supondría ningún obstáculo para que preparasen su nido de amor, pero no por ello bajaría la guardia, acechándoles. Manteniendo los ojos muy abiertos, saboreando ya el sabor de la victoria.

¡Venganza!

Porque pagarían caro su pecado, y cuando estuvieran de nuevo en la cama, enredados en su unión adúltera, yo daría cuenta de ellos. Reduciría su carne a un amasijo informe. Mojaría con su sangre mis ropas, mis manos y mi frente, y saldría a la luz para dar al sol cuenta de mi compensación.

AGAMENÓN.- *No, no pude. ¿Cómo iba levantar mi brazo contra ella? ¿Qué hubiera sido de mí entonces? Ella era mi esposa, mi novia, mi hermana, mi madre. Ella era la mujer, era parte de mí mismo. No hubiera podido golpearla. Antes hubiera sido preferible acabar conmigo.*
Pero su imagen me abrasaba, esa visión de ella desbordándose más allá de su carne, de sus ojos entrecerrados, viendo algo que nadie más podría ver. Nunca más sería capaz de mirarla sin sentir el escalofrío que desde que los sorprendí me recorría el espinazo. Sabía que tenía que dejar esa casa, lo antes posible. esa es la verdad. No llegué a pensar en la pequeña. Luego me consolé considerando que dada la vida que tuve desde entonces debió de ser mejor para ella quedarse con su madre. Pero en ese momento ni siquiera me acordé de ella.

ELECTRA.- *No hubo compasión. No lo merecían. Levanté el cuchillo y lo dejé caer sobre los dos, enlazados en su pecado, para que su vergüenza les persiguiera más allá de la muerte. Para que fueran donde fueran después de muertos, se presentaran siempre encadenados el uno al otro en aquella unión infame. Aunque sólo fuera por la vergüenza que pasarían sus cuerpos ante los que les encontraran muertos. Era el pago justo a tanta tortura. No era el hecho de matarlos, sino de reducirlos a una pasividad absoluta, a una degradación irrevocable en la que les haría sentir, por fin, mi superioridad.*

VAGABUNDO.- Infeliz, ¿cómo te atreviste a ver derramada la sangre de tu madre agonizante?

MUCHACHA.- ¿Qué sangre?

VAGABUNDO.- Ésa que te llena las manos.

MUCHACHA.- Es ésta la sangre? ¿Es ésta su sangre?

(LA MUCHACHA **se mira las manos, los brazos. Grita.)**

MUCHACHA.- ¿Era necesaria tanta sangre?

VAGABUNDO.- ¿Dónde está tu madre?

MUCHACHA.- Ahí dentro, en su habitación, mezclado su cuerpo con el de su amante. Mezcladas la sangre de uno y otro, igual que ellos antes unieron sus cuerpos.

VAGABUNDO.- ¿Cómo has osado convertirte en juez y verdugo?

MUCHACHA.- Sus cuerpos enlazados, jadeantes. Moviéndose como un animal ciego. Retorciéndose, golpeándome en la cara con sus gritos obscenos, con sus ojos en blanco, con sus bocas abiertas. Los dientes, las lenguas. Sus babas. Golpeando. Los estertores, los jadeos. A borbotones. Golpeando. La vida se escupe como un insulto. En mi cara. Golpeando. ¿Ha pasado ya todo? Dame la mano. Entre tanta oscuridad. ¿Ha pasado ya todo?

Tanta sangre.

Un charco inmenso, negro, un charco sucio. Ahí quise lavar tantos errores, tantas ofensas.

Sólo he conseguido mancharme aún más. Aquí, en mis manos. En el suelo. Como agua sucia, espesa como barro.

¿Era necesaria tanta sangre?

VAGABUNDO.- ¿Tú lo preguntas, cuando has sido tú la que con tu mano ha empuñado el arma? Entonces no te importaba la sangre que se pudiera verter, no te importaba lo que pudieras desencadenar con tu crimen. ¿Qué eran para ti esas vidas humanas sobre las que tu mano pasaría como el velo de la noche? Tan alta te sentías, ungida con la más alta de las misiones. Para cometer un crimen, tu crimen, el peor de los crímenes. Para asesinar a aquélla que te dio la vida, aquélla a la que más debías.

MUCHACHA.- No pude hacer otra cosa.

VAGABUNDO.- ¿No sólo no te arrepientes, sino que buscas justificarte?

MUCHACHA.- Lo que yo hice está más allá de toda justificación.

VAGABUNDO.- Me das miedo. ¿Te crees la encarnación de un designio superior?

MUCHACHA.- No.

VAGABUNDO.- ¿Por qué, entonces?

MUCHACHA.- O ella o yo.

VAGABUNDO.- Estás hablando de tu madre.

MUCHACHA.- Si eso hubiera detenido mi brazo, si mi acción hubiera encontrado frenos al considerar que ella era mi madre, entonces sí que se me podría acusar como culpable. Culpable de ceder en mi deber y olvidarme de mis obligaciones buscando mi tranquilidad. De dejarme llevar por los sentimientos a la hora de cumplir con mi papel. Pero la sentencia era irrevocable. Mis ojos dejaron de verla como una madre. Ya había saldado con ella las deudas que pudiera tener como hija. Ya nada me ataba a ella. Para mí sólo era una mujer culpable.

VAGABUNDO.- ¡Culpable!

MUCHACHA.- Era su pecado.

VAGABUNDO.- ¿Tan grave fue que tuviera un amante? ¿Por qué? Era una mujer sola, su marido desapareció hace años.

MUCHACHA.- Ella quiso engañarme y no pudo.

VAGABUNDO.- ¿Qué quieres decir?

MUCHACHA.- Él está vivo. Mi padre está vivo.

VAGABUNDO.- ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo lo puedes saber?

MUCHACHA.- Lo sé. Aquí dentro.

VAGABUNDO.- Pero él se fue de la casa de tu madre. No se merece nada. Tras tantos años era mejor olvidar.

MUCHACHA.- Ella no dejó que yo olvidara. Proyectó todo su odio contra su hija. Quiso encerrarme en esta casa como un monstruo mientras ella buscaba hombres para su lascivia. Quiso que me marchitara y deseó que acabara extinguiéndome como el último eslabón que le ataba al hombre que seguía siendo su esposo.

VAGABUNDO.- Ella no te encerró con mil cerrojos. La casa estaba abierta. Tú pudiste haber escapado.

MUCHACHA.- Yo tenía que estar aquí por si él volvía. ¿Qué hubiera ocurrido si no? Temía que la lujuria, la furia de mi madre, acabaran siendo fatales contra él. ¿A quién le hubiera importado la muerte de un hombre que desde hace tantos años figura como muerto?

VAGABUNDO.- ¿Por qué alejas de ti la culpa? ¿Por qué invocas siempre a tu padre y te escudas tras su nombre?

MUCHACHA.- Él me llevó a hacerlo. Sé que él estaría orgulloso de mí.

VAGABUNDO.- Nunca.

MUCHACHA.- Sé que si él hubiera estado aquí me habría liberado del peso de mi misión. Su propia mano hubiera sido la ejecutora, la justiciera.

VAGABUNDO.- Nunca.

MUCHACHA.- Sé que él lo ha querido así, él reclama que se haya hecho así, esté donde esté.

VAGABUNDO.- Nunca.

MUCHACHA.- Sé que si él llegara ahora no dudaría en abrazarme y besarme. Me acogería en su regazo y yo volvería a vivir una nueva infancia bajo su protección. No sentiría horror ante estas manchas de sangre. No le repugnaría el olor que llena la casa. No retrocedería apesadumbrado ante la visión de sus cuerpos despiezados. Pues sabría ver en todos estos rastros las galas con que yo honro su regreso.

LA ATRÍADA

Vagué durante diez años, sin ningún domicilio, sin ningún nombre. Me revolví en la porquería. Busqué a mis compañeros en lo más bajo. Vagabundos, mendigos, ladrones, violadores, drogadictos. Yo fui uno de ellos. Durmiendo en la calle, comiendo de lo que encontraba en los contenedores. Mi orgullo me impedía mendigar. Eso es lo más bajo para un vagabundo. Estaba obligado a vivir de la basura, a revolver entre la mierda. Mi ropa se fue ajando, hasta caerse echa jirones. Tuve que aprender a vestirme de las ropas que los demás despreciaban. Amontonar restos de ropas hasta convertirlas en una segunda piel. Una coraza de mierda y grasa. Pasé de ser un hombre a convertirme en un animal. Dejé de hablar y todo lo resolvía en gruñidos. Me llamaban el Oso. Me convertí en una bestia violenta. Todos me temían en la alcantarilla.

Me llamaban la Rata, y yo les mordía cuando me molestaban. Fornicábamos entre nosotros, sin importar dónde ni con quién. Cuando surgía la necesidad. Tuve muchas mujeres, las que quise. Las poseía con violencia, porque ellas también eran animales, y sólo valía entre nosotros la ley del más fuerte. Yo era un tipo solitario. Porque me temían. Nadie quería acercarse a mí.

Viví entre restos. Yo era un resto más. No había allí nada completo. La comida eran restos de las comidas que otros rechazaban. La ropa que llevaba eran restos de lo que otros tiraban a la basura. Nuestras vidas eran restos de vida. Hasta una camisa no era una camisa entera. Le faltaban las mangas, o el cuello, o la pechera, y había que completarla con alguna otra que sólo tenía mangas, o cuello, o pechera...

Los días eran restos de días.

Bebía como un bestia. Eso acabó por destrozarme. Me convertí en un juguete del alcohol, me sumí en un estado de inconsciencia permanente. Me acostumbré a que me trataran a patadas. Ya no sentía los golpes.

Alguien me ayudó a salir. Nunca podré saber quién era, ni siquiera si era hombre o mujer. Me tuvo que enseñar a andar, porque yo ya había perdido el control de mis piernas. Me hablaba, de eso estoy seguro, pero no recuerdo su voz. Como un ángel, entró y salió de mi vida. Impidió que me hundiera definitivamente. Me tendió la mano, y gracias a eso yo pude ver de nuevo la luz. Un expreso a doscientos por hora se lo llevó por delante. Lo dejó destrozado, al borde de la vía, hecho trizas. Las lágrimas corriendo por mi rostro me despertaron. A partir de entonces comencé a recordar otra vez. Volví a tomar las riendas de mi vida. A partir de entonces volvía a ser hombre. Reuní sus restos, dispersos al ser arrastrado por el vagón. Ni siquiera disminuyeron la velocidad. ¿Para qué? No iban a acumular retrasos a costa de un vagabundo menos. Como pude lo enterré. Era lo mínimo que podía hacer. Era todo lo que podía hacer por él o por ella. Encontré sus botas, arrancadas de su cuerpo, mucho más allá. Las conservé, aún ensangrentadas. Fueron mi apoyo en mi nueva vida, esas botas que tanto tiempo estuvieron en contacto con su piel y que desde entonces guiaron mis pasos.

Los recuerdos fueron llegando. Y con ellos el dolor y el remordimiento. Esa casa que había abandonado, esa hija que había dejado a su suerte. El recuerdo de mi mujer, de su infidelidad, se mezclaba con el de lo que fue mi culpa. Yo la llevé a ello, yo fui quien provocó aquella monstruosidad a la que ella, sintiéndose ultrajada, se entregó. El tiempo no se puede volver atrás. No podemos deshacer lo que es irreversible. Habíamos destrozado nuestras vidas. Ojalá ella hubiera podido rehacer la suya, haber encontrado por fin la paz con nuestra hija. En mi vagar fui acercándome más y más a la ciudad, hasta que me di cuenta de que tenía que volver, aunque fuera como un extraño, como el mendigo que era, para comprobar el estado de las ruinas de lo que un día fue mi casa. Mendigando un trozo del pasado. Buscando lo que me queda por recuperar, lo que nunca podré tener.

(Se advierten dos sombras en el vestíbulo en penumbras. Dos sombras que no se miran. El VAGABUNDO **y la** MUCHACHA **guardan un doloroso silencio antes de que ninguno de los dos se decida a hablar.)**

VAGABUNDO.- Pero cuando te miro acabo viendo otra vez el rostro de tu madre, de nuevo viva. El rostro de ella tal como era hace años. Como si con verte a ti el tiempo no hubiera pasado y nos diera a todos una nueva oportunidad para que evitáramos repetir tantos errores.

Te he llamado monstruo, pero podrías ser tan delicada, tan bella. Lo eres. Tu cara está hecha para ser querida. Sin embargo, tras tus ojos veo la gran batalla que se libra. Veo a las sombras luchando para enturbiar un rostro que debería ser inocente. Veo a la muchacha que podrías haber sido, y eso hace que me sea imposible seguir mirándote. Vuelvo los ojos al suelo, sólo veo horror.

MUCHACHA.- Lo que ella hizo me lo exigía.

VAGABUNDO.- Es horrible.

MUCHACHA.- Es justo.

VAGABUNDO.- Era tu madre.

MUCHACHA.- Ya sólo le pertenezco a él.

VAGABUNDO.- Tengo la boca seca. Me muero de sed.

MUCHACHA.- Le traeré agua.

(La MUCHACHA **se levanta y sale. El** VAGABUNDO **hunde la cabeza entre sus manos.)**

VAGABUNDO.- ¿Por qué? ¿Por qué?

(La MUCHACHA **vuelve con un vaso de agua. Mira al** VAGABUNDO **y parece verlo ahora por primera vez. Deja caer el vaso y se dirige a donde está él. Busca ser abrazada.)**

VAGABUNDO.- Suelta.

MUCHACHA.- Abrázame. Por favor. Ahora no me dejes. Me caigo.

VAGABUNDO.- ¿Por qué no lo pensaste antes? ¿Te remuerde ahora la conciencia?

MUCHACHA.- Necesito que me sostengas.

VAGABUNDO.- Siéntate.

MUCHACHA.- No me sueltes. No es tan simple como evitar que caiga al suelo. Es aquello que se abre bajo mis pies. Un abismo cuya boca tira de mí.

VAGABUNDO.- ¿A quién vienes a pedir ahora?

MUCHACHA.- Lo suplico, tu compasión.

VAGABUNDO.- ¿Compasión? Compasión, piedad, caridad... ¿Qué más? ¿Cariño, también?

MUCHACHA.- No pido tu perdón, sólo que te apiades de una pobre desgraciada.

VAGABUNDO.- Aléjate de mi.

MUCHACHA.- Ahora que has vuelto no me puedes rechazar.

VAGABUNDO.- No te reconozco.

MUCHACHA.- Soy yo. Tu hija. Siempre he deseado que llegara este momento.

VAGABUNDO.- ¿Quieres que te diga que yo siento lo mismo?

MUCHACHA.- No te burles de mí.

VAGABUNDO.- ¿Burlarme? ¿Quién sería capaz de burlarse después de todo lo que ha sucedido? Mientras esté aquí temeré que también a mí me claves un cuchillo por la espalda.

MUCHACHA.- Padre…

VAGABUNDO.- No me llames padre. Yo no soy tu padre. Si tu padre te ha exigido hacer eso, yo no puedo ser tu padre. Yo no puedo ser esa bestia a la que tú adoras.

MUCHACHA.- Sin embargo has venido. Cuando por fin desapareció la razón para que vivieras alejado de esta casa.

VAGABUNDO.- He vuelto buscando la paz. Pero has borrado de la superficie de la tierra cualquier esperanza que yo pudiera tener.

MUCHACHA.- Me tienes a mí.

VAGABUNDO.- No puedo permanecer ni un segundo más en esta casa.

MUCHACHA.- No podrás irte. Tú has tenido tu parte en el crimen. No puedes volverte atrás.

VAGABUNDO.- ¿Me estás amenazando?

MUCHACHA.- Exijo que no me dejes sola ante eso que hay ahí dentro.

VAGABUNDO.- ¿Y crees que después de vagar tanto tiempo estoy de acuerdo con lo que has hecho?

MUCHACHA.- Tu lugar está aquí.

VAGABUNDO.- Hace tiempo renuncié a este lugar, a cualquier lugar. Sólo me queda la calle. Ha sido una insensatez volver. Todo esto es un castigo enorme, desproporcionado.

MUCHACHA.- Todo esto lo iniciaste tú. ¿Vas a negarlo? Si no te hubieras ido, las cosas hubieran sido diferentes.

VAGABUNDO.- Todo esto lo he empezado yo. Todo es por mi culpa. No. No puede ser.

MUCHACHA.- Sólo he hecho lo que tú no te atreviste a hacer hace tantos años.

VAGABUNDO.- No.

MUCHACHA.- Eso que te arrojó de esta casa.

VAGABUNDO.- No.

MUCHACHA.- Qué cobarde fuiste entonces. Y ahora sigues sin querer dar la cara.

VAGABUNDO.- He esperado tanto este momento, he ansiado tanto volver a encontrarme con mi familia, y ahora encuentro que mi propia hija ha asesinado a su madre y me pide que me convierta en su cómplice.

MUCHACHA.- Era tu trabajo, te correspondía a ti. Lo que no ha hecho tu mano es labor que le debe a mi mano, y ahora me lo echas en cara. ¿Qué clase de hombre eres? ¿Por qué no estás muerto? Entonces todo tendría más sentido. No vendrías a recriminarme, a ofenderme como una asesina. No tendría que soportar tus acusaciones. No estaría tan a merced del remordimiento. No lo convertirías en un crimen, sino que desde la tumba tus restos me lo hubieran reclamado.

LAMENTO DE AGAMENÓN

Ésa es la mujer cuyo amor me expulsó de casa. Ésa por la que, en tiempos, ante su presencia, me sentía un ser tan inferior que me humillaba ante ella. Aquélla por la cual anteponía todo a su capricho.

Ahora no es sino un triste despojo. Yace inmovilizada para siempre en su pecado, mezclado su cuerpo con el de aquél que la ha hecho sucia. Yo la entregué a su fin, y ahora he vuelto a casa para recoger las consecuencias de mi cobardía.

Tras tantos años he llegado tarde por unas horas. El tiempo ha vuelto a jugar sus cartas en mi contra. Me ha vencido con tan poca ventaja, pero tan ampliamente que me ha derrotado. Soy un hombre vencido. Soy un hombre inexistente.

Podría volver a perderme entre la miseria de mi vida anterior. Confundir mi rostro con los de aquellos que ya han renunciado a todo. Nadie iría a buscarme entre ellos. Podría volver a ser el mismo vagabundo sin nombre. Oso, Rata. Sería mejor. Siempre es mejor no pensar, no ser nada. Mejor que estar muerto. Dormir abrigándome con cartones en un portal, en una cabina. Rebuscar mi comida en un cubo de basura. Contentarme con coger lo que nadie quiere y no tener más necesidades. ¿Para qué quiero de nuevo un rostro, un nombre?

No tendría que responder de nada ante nadie. Nada me ataría entonces. Nada sería, entonces.

¿Existe alguna posibilidad de dejar de ser Nada?

VAGABUNDO.- No todo puede estar perdido.

MUCHACHA.- Pase lo que pase, no me dejes sola. No me vuelvas a abandonar.

VAGABUNDO.- Quisiera encontrar un camino. Tendría que haber un camino.

MUCHACHA.- He estado tanto tiempo sin nadie en quién confiar.

VAGABUNDO.- ¿Por qué siempre todo se ha de volver en contra mía?

MUCHACHA.- Nadie con quién hablar. Nadie con quién compartir las lágrimas, las risas.

VAGABUNDO.- Cállate. Necesito pensar.

MUCHACHA.- Por eso no dejaré que te vayas. Seré capaz de cualquier barbaridad por impedir que te vayas sin mí.

VAGABUNDO.- De poco serviría escapar. Pronto nos encontrarían y ya no les cabría duda de tu culpabilidad.

MUCHACHA.- Llévame contigo al mundo del que vienes. A nadie se le ocurrirá buscarme ahí.

VAGABUNDO.- Por muchas atrocidades que hubiera cometido, no quisiera eso para una hija mía.

MUCHACHA.- Allí estaremos a salvo.

VAGABUNDO.- Allí nadie está a salvo. No aguantarías ni dos días seguidos.

MUCHACHA.- Puedo ser fuerte.

VAGABUNDO.- No basta con eso.

MUCHACHA.- Entonces, ¿qué solución nos queda?

VAGABUNDO.- No existe ninguna salida para los dos juntos.

MUCHACHA.- Ahora que te he encontrado no me voy a separar de ti.

VAGABUNDO.- Este crimen necesita un culpable sobre cuya cabeza se expíe. Hasta que no tengan a alguien, no se detendrán.

MUCHACHA.- Si tú me dijeras que debo pagar, no me importaría sacrificarme.

VAGABUNDO.- ¿Quieres pagar por lo que ya es irremediable? Ya no puedes devolverle la vida a tu madre.

MUCHACHA.- No pienso evitar el castigo. Hice lo que creo se debía hacer.

VAGABUNDO.- ¿Dónde está el teléfono?

MUCHACHA.- ¿A quién vas a llamar ahora?

VAGABUNDO.- Vas a llamar, tú. A la policía.

MUCHACHA.- ¿Me vas a entregar a sus perros?

VAGABUNDO.- Les vas a decir que te has encontrado a tu madre muerta. Que un vagabundo se había metido en casa y que aún está aquí. Le has podido encerrar, pero no sabes hasta cuándo podrás. Que tienes miedo de que te haga daño y no puedes aguantar más tiempo sola con él.

MUCHACHA.- ¿Qué es lo que dices?

VAGABUNDO.- Lo que me pase a mí ya a nadie le importa. Llama a la policía.

MUCHACHA.- No. Mi suerte debe ser la tuya. Salgamos los dos, escapemos.

VAGABUNDO.- No hay ninguna posibilidad de escape. Lo sabes.

MUCHACHA.- Quiero jugármela contigo, aunque sea a una sola carta.

VAGABUNDO.- Eso sería perderlo todo.

MUCHACHA.- No puedo aceptar lo que propones. Sería entregarte al matadero.

VAGABUNDO.- Tú y yo no podemos viajar en el mismo barco. Llama y denúnciame.

MUCHACHA.- Es una mascarada sin sentido.

VAGABUNDO.- Tenemos que intentarlo. Luego, tú podrás recomponer tu vida.

(Una pausa de incertidumbre de los dos personajes. Se encuentran perdidos. No sabe cada uno como va a actuar el otro, así que esperan a ver la reacción ajena.)

(La MUCHACHA **le mira. Rompe a reír. A voces. Una risa sarcástica. Desengañada.)**

VAGABUNDO.- Soy un vagabundo. Sin casa. Sin familia. Sin esposa, sin hijos. Ya nada tengo. ¿Qué más da lo que me pueda ocurrir?

(La MUCHACHA **redobla sus risas. Se le saltan las lágrimas de la risa.)**

MUCHACHA.- **(Riendo:)** Bonito sacrificio. Conmovedor.

VAGABUNDO.- Tú te salvarías. Sólo tendrías que olvidar. Olvidarte de lo que queda ahí dentro, olvidar todo lo que tu madre fue para ti, olvidar que tu padre fue un miserable. Partir de cero.

MUCHACHA.- ¿Y con ello, qué crees que puedes solucionar? ¿Te ves como un héroe, cargando con la culpa de la chica, sacrificándose por su juventud, por su belleza? Mírame. Mira mi cara. Soy una vieja. ¿Qué es lo que vas a rescatar? La vida me ha afeado, hasta convertirme en algo grotesco. No me ha hecho falta rebozarme entre la basura como a ti. Aquí, en esta casa tan decente, aquí, lo he encontrado. No me ha hecho falta arrastrarme por los bajos fondos. No deja de ser una forma de romanticismo. El buen mendigo. Mírame. He tenido que hacerlo, yo, porque tú no estabas, porque ni siquiera dejaste a nadie que lo hiciera por ti. No me arrebatarás ahora mi triunfo. No lo harás.

VAGABUNDO.- No seas terca. Obedéceme. No puedes renunciar a lo que te propongo. No vas a tirar por la ventana toda una vida. Tú has dicho que yo he sido el verdadero instigador de esta matanza. Deja que asuma mi parte en ella. No tenía que haber dejado esta casa, no debía haberte abandonado, ahora lo veo. Lo único que hago es pagar por ello.

MUCHACHA.- Es un pago que nadie te va a exigir.

VAGABUNDO.- Antes me echabas en cara que quisiera eludir mi culpa.

MUCHACHA.- No iba a dejar que me dejaras otra vez sola, sin que te importara lo que fuera de mi suerte.

VAGABUNDO.- Ahora te lo doy todo. La libertad, la vida. Sólo tienes que descolgar ese teléfono y llamar a la policía.

MUCHACHA.- ¿Y qué sería de ti?

VAGABUNDO.- Posiblemente, conmutación de pena por demencia. Internado en una institución durante unos cuantos años. Luego, nada.

MUCHACHA.- Y nunca más volvería a verte.

VAGABUNDO.- No quiero que me vuelvas a ver. No quiero revivir estos momentos de infierno.

MUCHACHA.- Quieres que renuncie a ti, quieres que te olvide, cuando por fin te he vuelto a encontrar.

VAGABUNDO.- No has encontrado nada. Sólo un viejo vagabundo.

MUCHACHA.- No veo andrajos, no veo a ningún vagabundo. Sólo veo a mi padre.

VAGABUNDO.- Has confiado en mí, como una ingenua. Puedo estar engañándote. Puedo ser un desconocido. Puedo estar haciendo tiempo para sacarte todo lo que pueda y luego huir de aquí.

MUCHACHA.- ¿Y me ibas a contar todos tus planes, entonces?

VAGABUNDO.- Puede que ya haya conseguido lo que quería.

MUCHACHA.- Tú y yo no nos vamos a separar, nunca más. De ahora en adelante nuestro destino va a ser el mismo. Lo que quiera uno u otro ya no tiene importancia. Lo importante es que nos hemos vuelto a encontrar.

VAGABUNDO.- Apártate de mí.

MUCHACHA.- ¿Se te hace insufrible la idea de una vida en común? Lo que te pase a ti me pasará a mí. Lo que me pase a mí te pasará a ti. No habrá más diferencias.

VAGABUNDO.- Juntos no tenemos ningún futuro.

MUCHACHA.- Yo he sido quien al derramar esta sangre he hecho que volvieras. Esta sangre ha sido la que nos ha unido para siempre. Yo he consagrado con mi venganza nuestro encuentro. Desde entonces los dos tenemos un único destino, una única vida. Nunca nos separaremos. Nunca.

VAGABUNDO.- Me iré. Te abandonaré a tu suerte.

MUCHACHA.- Yo siempre te volveré a encontrar. Estamos atados, el uno al otro.

VAGABUNDO.- Te mataré.

MUCHACHA.- Puedes hacer conmigo lo que quieras. Matarme, incluso. Eso no te libraría de mi presencia.

VAGABUNDO.- Desgraciada.

CANTO DE AGAMENÓN POR UNA HIJA PERDIDA

Eras muy pequeña. Tan pequeña cuando te abandoné.

Mis brazos quedaron huérfanos de tu blandura. Tierna, blanda, pequeña hija. Qué caro era el precio que se me exigía pagar: tú. Para huir, tuve que inmolar tu cariño. Tuve que dejarte en manos del azar. No poder vigilar tu infancia, no saber qué sería de ti. Es imposible huir.

Es imposible cerrar los ojos. Siempre te espera eso de lo que has intentado escapar.

Quisiera poder abrazarte y borrar todos estos años pero, ¿cómo podría?

CANTO FINAL DE ELECTRA

Su sangre baña mi piel. La sangre de los dos, la sangre de su pecado, la sangre de mi culpa. La sangre que reclama la llegada de mi padre. Porque ahora él está conmigo, sobre mi piel, su ira me recubre.

Oh, padre, qué extraño camino me ha llevado a ti.